

V PREGÓN JOVEN DE LA SEMANA SANTA DE SALAMANCA 2010
20 de marzo – Iglesia de San Pablo – 20:15 horas
ABRAHAM COCO BARAJAS

“TRAS LA LUZ”

*Jesús les habló de nuevo:
“Yo soy la luz del mundo.
El que me siga no caminará a oscuras,
sino que tendrá la luz de la vida”. Jn. 8, 12*

504 años después de que comenzara a palpar nuestro corazón cofrade;
cuando sumamos casi cuatro siglos encaramados a la escalera de José de Arimatea, que
subimos por primera vez poco antes de que la Soledad comenzara a ser benefactora;
al cumplirse 328 años desde que los Trinitarios Descalzos, acompañados de 241 cristia-
nos, rescataran al Cautivo a cuyos pies hoy me hallo;
286 años después de que Fray Juan de San Antonio nos brindara la reliquia del Lignum
Crucis, y tiempo parejo de la peregrinación de María, pueblo a pueblo, desde Madrid;
mientras conmemoramos el 250 aniversario del generoso regalo que Carmona nos legó;
a punto de las dos centurias de la llegada de Jesús Nazareno a San Julián;
cerca de 175 años después de aquel Miércoles Santo en el que las Isabeles lloraron la
marcha del Cristo de la Agonía Redentora, rumbo a la Catedral Nueva;
habiendo transcurrido 124 años desde la primera vez que el sol salmanticense iluminara
el tierno rostro de Nuestra Señora de las Angustias;
cerca de siete décadas después de que el gremio de los periodistas y las artes gráficas
impulsara su propia hermandad en el vecino templo de San Esteban; Jesús fuera jaleado
por nuestros padres o abuelos y pocas horas después redimiera en la cárcel;
casi 40 años después de que un grupo de jóvenes insuflara oxígeno a una alicaída cele-
bración desde la otra ribera del Tormes;
en el año en que la *pizarraleña* Hermandad del Silencio celebra sus bodas de plata;
al coincidir con las dos décadas de vida de la humilde Tertulia Cofrade Pasión;
en la ciudad de Salamanca,
siendo nuestro obispo Carlos López;
en la cuarta legislatura del alcalde Julián Lanzarote,
con José Vaz Cohen como presidente de la Junta de Cofradías,
cogiendo el testigo de Alberto García Soto, que tomó el relevo a su vez de Antonio San-
tos García, Luis Miguel García Palacios y Tomás González Blázquez;
a punto de inaugurar una nueva primavera;
en la iglesia de San Pablo, en la que cual fui bautizado;
por invitación de la Asociación Juvenil y Cultural Salamanca Cofrade,
os anuncio, hermanos, una nueva Semana Santa, ciertamente joven.

Joven, bien digo. No es una antítesis su longevidad y la cualidad que ahora le atribuyo.
Nos llega una nueva Semana Santa que es joven todavía. Ya tendrá tiempo de envejecer
para morir en la nostalgia del recuerdo cansado de la tarde del Domingo de Resurrec-
ción, aunque también entonces lo hará rejuvenecida. Nos llega una nueva Semana Santa
y ya veo sus haces nacientes en el horizonte cercano de una Cuaresma a punto de saltar

despedazada en miles de palmas que vitorean a Jesús, que viene a resucitar a Salamanca. Antes, habrá de ser condenado, azotado y crucificado en el evangelio encarnado en madera en nuestros pasos. Nos llega una nueva Semana Santa que en poco se asemejará a las que le precedieron. Es la tradición cinco veces centenaria que se renueva y nos llama a nosotros, cofrades del siglo XXI. ¡Despertad! ¡Comienza la procesión!

ASÍ LO VIENEN PREGONANDO

Y, ahora, bajad conmigo Tostado, que es Cristo quien me precede y tras él camino. No quiero que se me escape, le sigo con la mirada clavada en el madero. Bajo Tostado como podría subir Tentenecio, Palominos o el Camino de las Aguas, o girar hacia Domínguez Berrueta, Prior o Libreros, para atravesar más tarde “ese cordón umbilical que liga Plaza y Catedrales”, como definió a la Rúa Mayor Remigio Hernández Morán, pregoneiro en el año 2000. Son todas ellas, en palabras de Josefina Verde en su pregón de 1978, “callejas amoratadas de sombras”. Pero lo cierto es que bajo Tostado tras de ti, Dios hecho hombre. Bajo Tostado embriagado por ese incienso que tantas madrugadas me embriagó desde la aceras, cofrade también a la orilla del asfalto. Pero ahora estoy aquí, Señor, y escucho tañer la campana, anónimo capirote. Y Anaya llora tu sufrimiento.

Bajo Tostado, y conmigo todos los hombres. Y ya no sé si a quien sigo camina sobre cardos, dicen que dormido, en la noche del Lunes Santo; o si va eclipsando miradas el Miércoles; o si dispone la mejilla al beso infame en la tarde del Jueves; o si muere con inmensa dulzura camino de San Esteban en la mañana del Viernes, antes de ser recogido en ese calvario que Alberto García llamó “manantial de ternura”. Es el Cristo y los Cristos sobre los que supo ilustrarnos tanto Francisco Rodríguez Pascual, y a todos sigo. Y vosotros conmigo, para revivir ahora juntos al pregoneiro salmantino que ha venido anunciando, con mayor o menor atino, desde hace medio siglo. Hoy quiero caminar con vosotros, pues así dijo Braulio Rodríguez en 1999:

La procesión es un rito religioso de significado universal. Su simbolismo, el gesto de caminar juntos, responde a una necesidad primaria de esa agregación con la que el grupo adquiere consistencia. [...] La procesión añade a la celebración un elemento de notable incidencia psicológica: el orar subrayado por el movimiento. [...] Se camina no sólo para llegar, sino también para vivir el camino. [...] Mezclados por el camino y unidos en el canto, los creyentes se descubren hermanados, más implicados en los mismos problemas.

Vengo con Cristo, *llorando a mares por Él*. Hace frío, pero me siento arropado por “los que con su silencio -según Julio Gutiérrez, quienregonó por primera vez nuestra Semana Santa en la mañana del Domingo de Pasión de 1965- intervienen en ese diálogo silencioso o mudo que se tiende entre la minoría *desfilante* y la masa expectante”.

Vengo siguiendo al Hombre, madrugada en la calle, el resto del año en su cruce. Y siendo dos por hachón, percibo que con mi pareja rompo la simetría. Ningún director del desfile nos llama la atención, y somos tres. ¿Quién es el tercero? Lo desveló el padre Ramón Cué en su plática en 1966, cuando explicó que...

La Semana Santa no es sólo el Cristo que pasa. Ni la Virgen que llora. Son los hombres que van con ese Cristo. Y los hombres que acompañan en su llanto a esa Virgen, llorando ellos mismos. Y llevando ellos mismos su cruz con ese Cris-

to. Pero no sólo son los hombres visibles con ese Cristo visible... Yo me imagino [...] toda esa otra compañía invisible, de historia resucitada, que ha ido plasmando las esencias de Salamanca. Toda la historia sufriente de Salamanca, que acompaña, resucitada, hecha otra vez Pasión, a ese Cristo Pasión.

Vengo siguiendo al Hombre, mecido sobre claveles. Antes Flagelado, mañana Prendido para ser Nazareno y, tras ser crucificado, resucitar el domingo. Al Hombre, digo. “Aquí está el Hombre y es verdad”, manifestó Gregorio Celada en su discurso en 1994:

En el cuerpo desangrado de Jesús está el grito del paralítico, la angustia del abandonado, la desesperación de las madres, el abatimiento del joven sin futuro, la soledad del anciano y del moribundo. En el cuerpo desfigurado de Jesús están, hermanos, los sufrimientos de todos los hombres de todos los tiempos.

Sigamos siguiendo al Hombre, que marcha San Pablo arriba, convertida ahora en río de plata inmaculada penitencia. ¿Por qué se atreven, Señor, a cuestionar nuestra fe nazarena? ¿Acaso no escucharon al teólogo José-Román Flecha, que así defendía en su intervención en 1993 a los que cada Semana Santa ponemos tu cruz en las calles a los ojos de cuantos quieran acercarse a contemplarla? Que lo escuchen ahora, que lo repito:

Es cierto que no todos los que acompañan al Señor por el camino procesal lo hacen desde una fe exquisita, pero nada nos autoriza a quebrar la caña cascada. [...] Bajo su capuchón, y a veces sin saber bien los porqués, esos hombres y mujeres van haciendo ya el camino de Jesús. Y de paso nos van ayudando a todos a recorrerlo, siguiendo el icono que ellos nos presentan.

Les veo, Señor, en los bordillos y rezan a tu paso. ¿Lo harán como Antonio Romo, que trajo la humildad de Puente Ladrillo en su proclama de 2003? ¡Cuán identificado me siento con su forma de orar, hermanos! Dejádme compartirla con vosotros. Decía así:

Muchas veces hago oración ante una imagen. Siempre me ha resultado sugerente orar así. Y con frecuencia cambio el rostro de Jesús por otros rostros conocidos, y le miro, le hablo, le pregunto... Callo. Me imagino también que el artista que ha esculpido el rostro de Jesús se ha fijado en algún rostro humano. Alguien le ha servido de modelo, y ha plasmado en Jesús el rostro de otra persona. La madera se ha hecho rostro de Dios y rostro del hombre, al mismo tiempo.

Yo me pregunto quién talló el tuyo, Señor. ¡Tuvo que llorar al verte entre sus manos! Fue látigo su gubia artesana y así no es de extrañar que, como cantó el poeta Sánchez Zamarreño, “si no estuviera loco el que te hizo, / hubiera enloquecido al verte hecho”.

SAL Y LUZ, TAMBIÉN COFRADES

Preparad la marcha los músicos, que está ya cerca la Plaza y quiere recibir al Hombre al son de *La Saeta*. Músicos jóvenes en su mayoría, comprometidos con cada una de sus formaciones. ¿Y nosotros? ¿Los jóvenes cofrades? ¿Tenemos compromiso o hemos ya olvidado que somos la luz en el mundo y la sal de la tierra? En los próximos días tendremos tiempo de recordarlo bajo la tela del capirote como uno más en la fila o junto al banzo bajo el paso. De camino a las Isabeles, cuando el cansancio aún me lo permite, vuelvo mis pensamientos al evangelio de San Mateo:

Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para taparla con una vasija de barro; sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos. Mt. 5, 13-16

Sigo avanzando absorto en aquellas palabras que leí una noche, mientras preparaba este pregón, en las que Juan Pablo II, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en el año 2002, nos llamaba “a conservar la fe que habéis recibido y a transmitirla a los demás”. “¡Descubrid vuestras raíces cristianas, aprended la historia de la Iglesia, profundizad el conocimiento de la herencia espiritual que os ha sido transmitida, seguid a los testigos y a los maestros que os han precedido!”, decía entonces.

No podía ser de otra manera. En mi camino por esta procesión que esta tarde he preparado para vosotros, tenía que hacer una parada en el eterno debate. *¿Los jóvenes... a los Azotes; los viejos... al sepulcro?* “¿De qué sirve apagar una mecha vacilante si no tenemos preparado un farol de repuesto?”, se preguntaba el rector de la Universidad Pontificia, Marceliano Arranz, en su pregón del año 2004. Es frecuente que los encuentros anuales de cofradías penitenciales, esos que tienen lugar cada mes de septiembre y que a veces parecen poco pensados para nosotros, incluyan en su programa un epígrafe titulado “El papel de los jóvenes en las cofradías”. Pues bien, ¿cuál ha de ser éste? ¿Es que acaso debe diferir tanto del que desempeñamos en la vida diaria? ¿Se pregunta alguien cuál ha de ser el papel de los viejos? ¿Acaso hay riqueza mayor que el patrimonio humano que atesoran nuestras hermandades, con el que promover la convivencia intergeneracional? Escuchemos de nuevo a Juan Pablo II:

Si dejáis que la Palabra de Dios entre en vuestro corazón y lo renueve comprenderéis que no es necesario rechazar todo lo que los adultos os han transmitido. Sólo hay que discernir con sabiduría cada cosa, para descartar lo que es caduco y conservar lo que es válido y duradero. Más aún, descubriréis cuánta gratitud debéis a los que os han precedido, porque también ellos han esperado, luchado, sufrido. [...] Si sabéis responder a la llamada de Dios descubriréis que la verdadera juventud es la que da Dios mismo. [...] Descubriréis que el más joven puede ponerse al lado del mayor que él y entablar un diálogo dando y recibiendo algo con enriquecimiento recíproco y alegría siempre nueva.

Del Jubileo de los Jóvenes, abril de 1984

Seamos, pues, como expresó Jesús Huerta en su pregón de 1976, al referirse a los jóvenes de la efervescente Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz, “maravillosa levadura de insospechadas posibilidades que no se reduce a su procesión sino que les queda salera para un sinfín de actividades durante todo el año y para ayudar a las demás cofradías”. Seamos, jóvenes, sal y luz, también cofrades.

Me aproximo a las Isabeles, la campanilla de los directores de procesión acaba de volver a situarme sobre el granito de la calle Zamora. ¡Que no decaiga esta asociación, chavales! Y, a vosotros, adultos, haced que esto no sea quimera; encauzad nuestras ganas

de comernos el mundo sin menospreciar nuestro criterio. No os anquiloséis en los cargos y preparada la sucesión. De lo contrario, el sepulcro siempre puede estar abierto...

¡SALID A LAS CALLES!

Ya veo a la madre Aurora...

¡Salid a las calles Isabeles, que regresa vuestro Hijo y abrid las rejas cuantos conventos circundan los itinerarios, que viene el Señor caminando sobre el empedrado. Bernardas, nos llevamos un rato a vuestro Cristo, que la Prosperidad también debe disfrutarlo!

¡Salid a las calles barquilleros, que quiere tejer el pueblo una alfombra de migas por las Úrsulas, Agustinas, Meléndez, Quintana, Poeta Iglesias y el Corrillo!

¡Salid a las calles faroles de la Dolorosa, que no brillas tanto, Madre, desde que te los robaron y parecen clavarse, más si cabe, las siete espadas en tu corazón al ver que tus hijos desoyen las reclamaciones de sus hermanos. Qué pensaría doña Gonzala!

¡Salid a las calles tambores que se acercan en la lejanía recortada por capirotos para que anuncien los niños, los mejores pregoneros, que ya vienen avanzando los cofrades!

¡Salid a las calles que ya está Willy sentado en el Campo San Francisco, ¿o era el Getsemaní charro? Prepara tus adivinanzas, amigo, que ha pasado ya un año y estamos de nuevo ávidos de tus sabios comentarios!

¡Salid a las calles y todos estrenad algo, que necesitamos dispuestas las manos para agitar los ramos, que entra Jesús a lomos de la borriquilla, aunque ya no nos guste tanto!

¡Salid a las calles periodistas, Ángel, Eva. Buscad un hueco frente a los portones de la Clerecía, San Juan de Mata o el Carmen de Abajo y acuclillaos. Y que proclamen nuestras crónicas que también Salamanca escribe su propio evangelio en estos días gozosos!

¡Salid a las calles cofrades universitarios -*surcadores de noche* os nombró Jesús Ricardo Rasueros- que *tratáis de hablar sin romper vuestro silencio*, según el rector Ignacio Berdugo. Prometed, hoy como ayer, que os está Fray Luis esperando!

¡Salid a las calles turiferarios y tapizad cada rincón con el olor del incienso, y que alcancen los muñidores y campaneros los sordos oídos de los que prefieren no escuchar!

¡Salid a las calles, que advierte Antonio Santos, que se acerca la Montagut *casi jadeando apurada subiendo la calle Compañía en busca del hijo!*

¡Salid a las calles tablas, carracas y matracas monacales y oiga Salamanca que acaba de rasgarse el velo del templo y la ciudad ha quedado sumida en tinieblas porque *verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!*

¡Salid a las calles los Cristos ahora olvidados: Consuelo, Amparo, Promesa...! ¿Por qué seguís durmiendo aquellos sueños nazarenos? ¿Por qué no os recuperamos? ¿Imagináis un Vía Crucis, el de la Junta de Cofradías por ejemplo, con vosotros portados con nuestras manos, cada año saliendo uno, y así de nuevo cada trienio?

¡Salid a las calles palomas del Jueves Santo y volad para que reine el amor fraterno!

¡Salid a las calles heraldos de la Dominicana y trota para anunciar que ya está en camino el peregrino de la madrugada de la inconfundible túnica blanca!

¡Salid a las calles, abarrotad la Plaza de Colón y venid a perderos conmigo en esa mirada eterna de mi Virgen de las Angustias, que me enhechizas y te persigo desde niño para escudriñar tus pupilas y ver si me susurras algo!

¡Salid a las calles medallas nazarenas de aquellos que ya murieron, que gira por el Mercado Jesús y es toda la *calle amargura* mientras te encuentras con tu Madre!

¡Salid a las calles *Culorao* y *Bocarratonera*, que quieren los padres apuntaros con el dedo y explicar a sus hijos el porqué de vuestros motes!

¡Salid a las calles manos de la Soledad que cobijan tantas promesas, pues como Gabriel y Galán todos queremos *asomarnos con el alma llena al abismo de tu pena*. Y no te extrañes, María, que ya explicó Rafael Duyos en 1973 *que Salamanca esta noche, / callada, te ve pasar / y algunos, por no turbarte, / no se atreven ¡ni a rezar!*!

¡Salid a las calles también vosotras, viudas del pueblo charro que descendéis por San Blas ocultas tras el luto del veintioseno, y enterremos cuanto antes al único Cristo que libera, pues apremia la resurrección y aún no hemos vuelto a Fonseca!

¡Salid a las calles vecinos de Pizarrales, que se os marcha vuestro Cristo de la Vela, que quiere alumbrar nuevos balcones. Se va también con él *esa cabeza ladeada de ala herida, ese rostro tronchado de alhelí* que es Nuestra Señora del Silencio para Remigio!

¡Salid a las calles claveles resucitados para anunciar a las gentes que no han de *buscar entre los muertos al que está vivo*, que está el sepulcro vacío!

NO PODÍA FALTAR UNAMUNO

¡Salga a la calle Unamuno, que ya vamos hacia Compañía, la que designó Pepe Ledesma *silencios, melancolía / tristezas y losas frías / copla de la infancia mía / don Miguel en la agonía!* No me atrevo a llamar a su puerta... ¿Seguirá esperando *sumido en la niebla de su vida?* No lo sé, pero... ¡lo que pagaría él por presenciar este momento!

- Don Miguel, ¿qué hace todavía ahí sentado? –le asaltó.

- ¿También tú, pregonero, vienes a nombrarme? –responde.

- ¡Así es! ¿Cómo iba a omitir esta cita, cuando es extraño encontrar pregonero alguno en la ciudad que no le haya recordado al anunciar nuestra Semana Santa? ¿Cómo pasar por alto que “la ciudad de Salamanca, y en ella especialmente la calle llamada de la Compañía, parece un escenario secular, en piedra de oro...?”.

- ¡Calle, calle! –me interrumpe-. Aunque sin duda es bella la cita, no la glosé usted de nuevo –musita con una enigmática sonrisa, mientras comienza a levantarse.

- ¡Salga don Miguel que llega el Cristo!

- ¿Qué Cristo?

- El Cristo. Aquel al que sus alumnos llevaban los apuntes antes de los exámenes.

- ¿Salgo, entonces? No tiene más que pedirlo. ¿No soy acaso ahora personaje de su pregón, por un instante *nivolesco*? –bromea.

- ¡Cuántas veces me habré imaginado llamando a su puerta como hiciera Augusto aquel día en este mismo escenario en su novela!

Y sale don Miguel. Y yo recojo mi hachón, apoyado en su puerta. Y vuelvo a mi fila. Y llega el Cristo. Y don Miguel, maravillado, decide acompañarle un tramo. ¡Quizás mañana escriba algo...! Y yo subo, estamos volviendo ya a casa, va pesando el cansancio. Me giro y veo que abajo don Miguel se sigue admirando al contemplar “esta representación anual del drama de la Pasión –y Acción– de Nuestro Señor, que es el fondo de la historia que no pasa, sino que queda”. Recreaciones éstas en las que “se han recreado generaciones de salmantinos”. Ya lo he dicho.

A LA MEJOR NAZARENA DEL MUNDO

Alguien debe estar abriendo la catedralicia Puerta del Obispo. El cortejo casi fenece. En dos calles habremos terminado la procesión esta tarde. Ahora, miro a mi derecha y la veo, la mejor nazarena del mundo, mi madre y compañera de hachón a la vez. Camina a mi lado. ¿En qué ira pensando? ¿Sabéis? Hoy quiero dedicarle a ella este pregón. A ti mamá, porque habiendo recibido una de las cruces más pesadas que puede recibir una mujer en el mundo, la has abrazado para hacerla liviana y, aún sin verónicas ni cirineos, hacer menos perceptible que un mes de octubre subimos un duro calvario.

Junto a ella aprehendí la devoción a Jesús Rescatado. ¿Cuántas veces la vi alumbrando como una más en ese torrente de piedad popular que acompaña al Ecce Homo cada Viernes Santo? Al llegar al Corrillo, tras la despedida de los pasos, me cogía de la mano, me prestaba su vela un rato y bajábamos juntos San Pablo. Ahora, es otra calle, otra vela, otro horario, pero es el mismo Cristo el que alumbraba y guía nuestros pasos.

Y llegados a los agradecimientos, sin los cuales no estaría pregonando, miro al cielo y te digo, papá, que tampoco este año ha cambiado el horario. Salimos a medianoche el Jueves Santo; te espero con tu hábito, resucitado, para volver a formar pareja de tres, como cuando de tu mano o sobre tus hombros recorría cada procesión, cultivando esta alma cofrade. Aún retengo en mi memoria el primer momento semanasantero que recuerdo, contigo, junto al convento de la Dueñas, cansado de ver pasar aquellas filas interminables de negros capirotos... A punto de abandonar e irnos para casa por mi insistencia, apareció un palio de luz. Te hice volver para quedarnos y ya no marcharnos nunca.

Por supuesto, gracias también a mis hermanas, adolescentes que observaban extrañadas a su hermano pequeño montando sus propios desfiles en su cuarto, con cajas de *farias* por andas, *playmobils* por costaleros y una caja de danesas como tambor. Y a mis abuelos, que tanto nos regañaban a mí y mis primas, cuando volvíamos llenos de arena que había hecho las veces de incienso en nuestras procesiones por la granja El Alamito.

Gracias a todos los amigos que la Semana Santa me está regalando. A cada hermano de mi Cofradía de Cristo Yacente con los que he compartido muchos buenos ratos, especialmente a Ángela y la familia Alcántara, que me han acogido desde el principio como a uno más y me han hecho sentir la cofradía; y también a cada miembro de mi Tertulia Cofrade Pasión, sobre todo a su presidente Antonio, pues bien lo merece su empeño.

Pero, permitidme que les dé las gracias muy especialmente a Julián y Javi. Al primero, por haberse convertido en el amigo que siempre quise y ahora tengo. Y, al segundo, por ser un amigo y maestro, del que aprendo cada día, siempre con un sabio consejo.

Gracias a “El Adelanto” por volver a darme la oportunidad por tercer año consecutivo de narrar las vivencias de nuestro pueblo cofrade y por no impacientarse en exceso cuando las páginas no se cierran a su hora; y también a todos los hermanos mayores y cofrades en general que facilitan la intensa labor que retomo estos días.

Y gracias, por último, a la Asociación Juvenil y Cultural Salamanca Cofrade que me ha permitido pregonar la Semana Santa de este 2010. Especialmente, gracias a Álvaro, motor de innumerables proyectos, al que tantos Lunes Santos envidié al verle desfilar con su hábito del Huerto de los Olivos, y más aún cuando al día siguiente faltaba a clase.

“GRACIAS PORQUE NO ESTÁS MUERTO”

Llega la procesión a Calderón, se paran los pasos y todos los cofrades nos arremolinamos para el último rezo. Vuelvo a mirar al Hombre y oro, con los versos con los que Mercedes Marcos, Poeta ante la Cruz en 2008, se desnudó frente a ti, Señor:

*De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mi todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.*

*Y si me miras allí,
allí te verás colgado,
sobre el hombro desmayado
el peso de tu perfil
por la muerte recortado.*

*Y si me ves respirar,
verás que yo en Ti respiro
y que respira conmigo
quien te viene a contemplar
con el corazón herido.*

*De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mi todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.*

*De tanto mirarte, sí,
te he hecho uno con mis ojos.
Así todo es más hermoso
mirado a través de Ti.
En ti he dejado mis ojos.*

*Los he dejado en tu piel,
los he dejado en tus manos,
en la plata de los clavos
y en el dolor de tus pies
por mí así desgarrados.*

*Y he dejado en tu costado
los besos de mi pupila.
Tu costado, que destila
un amor tan desatado
que a fuerza de sufrir, limpia.*

*De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mi todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.*

*¡Oh Cristo de la Agonía,
gracias porque no estás muerto,
y cada día, de nuevo,
respiras conmigo, en mí,
desde esta cruz del crucero!*

*De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mi todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.*

PADRE NUESTRO COFRADE

Entra el Cristo en la Catedral. En siete días estará saliendo de nuevo porque, hermanos: ¡Nos llega una nueva Semana Santa! Y por eso digo:

Padre Nuestro que estás en el cielo, y que transitas por nuestras calles para que te sigamos, luz del mundo que enciendes nuestras mechas para no caminar en penumbra. Santificado sea tu nombre, en cada una de las advocaciones en que te veneramos. Venga a nosotros un nuevo Triduo Pascual que fortalezca nuestra esperanza. Hágase tu voluntad en cada asamblea y en cada decisión de nuestras juntas de gobierno. Danos hoy una nueva Semana Santa cuyo eco se manifieste el resto del año y así traslademos la intensidad de las vivencias religiosas de estos días a nuestra rutina. Perdona nuestras ofensas cuando como Pedro, Santiago y Juan no estamos a la altura en momentos trascendentales; te traicionamos como Judas por quién sabe cuántas monedas; nos lavamos las manos como Pilatos o te negamos ante los otros como Pedro. No nos dejes caer en las rivalidades entre cofradías ni en los personalismos. Y líbranos de la lluvia para que no tengamos que pasar el mal trago de dejarte en casa.

Amén.